

LO POLICIAL EN "LA MALA HORA" DE GARCÍA MARQUEZ

Por: GUSTAVO ALFARO

La mala hora, la novela en que García Márquez más se acerca al tema de la Violencia, (1) está estructurada como novela policial. El relato se inicia con el asesinato del joven Pastor como resultado de un pasquín anónimo, y concluye con el asesinato de otro joven, Amador, por distribuir hojas políticas clandestinas. Estos dos jóvenes son víctimas de dos tipos de violencia que azotan al pueblo, la violencia política y la violencia moral. Sabemos quién es responsable de la violencia política, pero no quién pone los pasquines causantes del clima de violencia moral, que sigue siendo un misterio al cerrarse el relato. (2).

Los pasquines que secretamente aparecen en las puertas de las casas denunciando secretos de familia o irregularidades en la vida de los ciudadanos, se apoderan rápidamente de la atención general. La preocupación por ellos sólo desaparece cuando una nueva invasión, las hojas políticas clandestinas, ponen término a la frágil tregua hacia el final de la narración. Los pasquines afectan principalmente a las clases más favorecidas, las que tienen posición social o bienes materiales que perder. El pueblo, en cambio, habla de los pasquines "con una saludable alegría" (p. 104). (3). La concubina del juez, por ejemplo, declara: "Nadie se gasta su tiempo poniéndome un pasquín, y en cambio a todos los decentes de la plaza los tienen empapelados" (p. 81). Los pasquines son labor nocturna y secreta y su propósito no está muy claro. No sabemos exactamente a qué impulso obedecen o quienes son los responsables. Las hojas clandestinas son circuladas de día y por personas identificadas: el peluquero, el dentista, el médico, y su propósito es mantener viva la resistencia al gobierno. Al final estas hojas terminan lanzando al pueblo a la lucha armada y los hombres se van al monte a unirse con las guerrillas.

Algunos personajes principales se ocupan de los pasquines como problema social e inclusive llegan a verlo como rompecabezas literario. El secretario del juez recuerda al comienzo de la novela el caso de un pueblo que fue "liquidado en siete días por los pasquines" (p. 33). Pero el juez sentencia que el presente "es un caso sencillísimo de novela policíaca" (p. 33), y confiesa que en sus años de

universidad había pertenecido a una organización "consagrada a descifrar enigmas policíacos". Los miembros leían novelas de misterio y luego se reunían a "descifrar el enigma" (p. 33). El juez se jacta de no haber fallado una sola vez gracias a sus conocimientos de los clásicos. Los pasquines se vuelven así un reto para el juez y objeto de una apuesta con su secretario. Se ha despertado además el interés del lector quien queda también pendiente de la solución del misterio. (4).

Lo original de *La mala hora* como novela policial radica en que el problema de los pasquines no se soluciona de manera explícita, permitiendo conjeturas e interpretaciones por parte del lector. Escritos en tinta azul, a brocha, y en letras de imprenta, con errores ortográficos aparentemente deliberados, los pasquines frustran las indagaciones del juez. Don Sabas, e Iricachón del pueblo, también está pendiente de ellos y confiesa al doctor Giraldo que no quiere morir sin saber cómo termina "esta novela" (p. 101). El cura, por su parte, ve los pasquines como "un caso de terrorismo en el orden moral" (p. 130) y convence al alcalde que tome cartas en el asunto. Cuando fracasa en sus pesquisas el alcalde recurre a las artes adivinatorias de Casandra, la maga del circo. Pero su naípe sólo ofrece la enigmática fórmula fuenteovejunesca: "Es todo el pueblo y no es nadie" (p. 149). La sospecha recae sobre diferentes individuos o grupos, pero todas las diligencias, inclusive el toque de queda, dejan el caso sin esclarecer. Y en las últimas páginas de la novela, cuando el médico y el padre Angel exigen saber el destino del joven Amador, el alcalde niega el crimen, insistiendo en que la víctima se ha fugado. Luego añade, dirigiéndose al cura: "Además, usted debe estar complacido, padre: ese muchacho era el que ponía los pasquines" (p. 199), afirmación falsa que sólo sirve para recordarnos que el misterio de los pasquines todavía sigue pendiente.

En una novela tan esquemáticamente construida, un elemento de la importancia de los pasquines merece más detenido análisis con el fin de saber si el autor nos da alguna clave para descifrar nosotros mismos el enigma. (5). Quizás analizando la estructura de la novela podamos dar con la solución del misterio que García Márquez con tanto cuidado y obvio deleite ha escondido en las páginas de su narrativa.

Al abrirse el relato la gran ola de violencia política se ha calmado a la fuerza y el pueblo se encuentra, como el resto del país, en estado de sitio. Esta calma en la lucha política no es, sin embargo, una verdadera paz sino una tregua amarga. El pueblo sigue sometido a un régimen de terror psicológico y moral, y tarde o temprano el conflicto estallará de nuevo. Varios personajes importantes sufren dolencias físicas que corresponden a su participación en el drama político del pueblo. Los personajes moralmente censurables se encuentran físicamente enfermos. Estos personajes pertenecen todos al partido político en el poder y sufren dolores de cabeza, de muelas o de es-

tómagos, que tratan de aliviar con pastillas blancas, azules o grises. Otros se entregan a las bebidas alcohólicas o tienen que hacerse inyectar. "Todo el mundo tiene dolor de cabeza" (p. 28), es el diagnóstico del juez Arcadio. La intensidad del dolor físico guarda, además, cierta proporción con el grado de culpa del personaje. El que más intensamente sufre es el alcalde militar, enviado años antes con la orden de "someter al pueblo" (p. 160), labor que ha llevado a cabo con gran beneficio propio y menoscabo de los bienes de la oposición. El dolor de muelas que bárbaramente lo aqueja establece una relación entre la condición física del personaje y el problema político del país. El único dentista del pueblo es anti-gobiernista, uno de los pocos dirigentes políticos que sobrevivieron el terror. El alcalde trata de sobrellevar su dolor antes que acudir al enemigo, pero finalmente se ve obligado a poner sus muelas "por encima de los partidos". Al acudir al dentista exige que la operación sea sin dolor, pero el dentista le recuerda, "Uds. matan sin anestesia" (p. 68). El alcalde a su vez informa al dentista que éste le debe la vida, "Había instrucciones precisas de encontrar armas y municiones y documentos con los por menores de una conspiración nacional" (p. 70).

El alcalde es sólo el más importante de los afligidos por enfermedades y dolores físicos que son claros símbolos de su culpabilidad. El juez, otro funcionario público de evidente insuficiencia moral, sufre de frecuentes dolores de cabeza. Aún su nombramiento lleva el sello de la corrupción política: le cayó bien al alcalde porque éste creía que sería fácil de manipular. Un juez abogado, además, daría la impresión de legalidad a su gobierno, aunque el juez Arcadio se instale por primera vez en su gabinete "once meses después de haber tomado posesión del cargo" (p. 29). Su despacho ostenta un crucifijo y una fotografía del presidente de la república con la leyenda: "Paz y Justicia", precisamente los dos objetivos en que el gobierno ha fallado. Un dipsómano que con frecuencia se pierde durante días enteros en lugares de disipación, el juez es moralmente uno de los enfermos más graves de la comunidad. Sólo gracias a la cerveza y a los analgésicos logra eliminar de su "corazón el menor rastro de remordimiento" (p. 31). Su degradación se confirma hacia el final de la novela cuando traiciona al peluquero anti-gobiernista. Creyéndolo de su bando le pasa al juez una hoja política: poco después su casa es invadida por los soldados buscando armas debajo del antablado.

Otro parásito social es don Sabas, el ricachón y regordete hombre de negocios del pueblo. Aprovechando la violencia y colaborando con las autoridades en detrimento de sus copartidarios, don Sabas se ha vuelto el potentado del pueblo. Pero su cuerpo "blando y voluminoso" es diabético y se ve obligado a hacer dieta estricta pesando en la "balanza su almuerzo de pajarito" (p. 176). Don Sabas tiene mala reputación como comerciante desde hace más de veinte años cuando los burros que vendía aparecían muertos misteriosamente. Al declarar él mismo que en "este país no hay una sola fortuna que no tenga a la

espalda un burro muerto" (p. 102), está confesando su propio crimen y poniendo a todos los ricos en su propia categoría. Con razón el médico le comenta que su "única virtud es la desvergüenza" (p. 102).

La viuda de Montiel está al borde de la locura y de tantas inyecciones está hecha un "colador". El doctor le varía la medicina recetándole pastillas blancas. La viuda está pagando el crimen de su esposo, quien en los días de la violencia había recibido la "lista completa de la gente que estaba en contacto con las guerrillas" (p. 189), que él pasa al alcalde. Fue el único jefe de la oposición que pudo quedarse en el pueblo" (p. 189). La viuda de Montiel lleva entonces doble carga, que se refleja en su doble medicamento.

Los personajes en el poder necesitan el alivio y sólo los oprimidos pueden ofrecérselo. Es claro también que los opresores son los "malos" y los oprimidos los "buenos". Los malos viven parasitariamente de la sociedad aprovechando su poder y la debilidad y desorganización del pueblo. Los personajes físicamente sanos son el dentista, el médico y el peluquero. Estos son los individuos verdaderamente útiles a la sociedad, los profesionales cuyos servicios son imprescindible. Ni los poderosos pueden vivir sin ellos.

El médico y su mujer sobreviven estoicamente la violencia que amenaza destruirlos día tras día. En los tiempos de la violencia el médico y su mujer "velaban hasta el amanecer, tratando de precisar el lugar y las circunstancias de los disparos. Varias veces el ruido de las botas y las armas llegó hasta la puerta de su casa y ambos esperaron sentados en la cama la granizada de plomo que había de desbaratar la puerta. Muchas noches cuando ya habían aprendido a distinguir los infinitos matices del terror, velaron con la vabeza apoyada en una almohada rellena con hojas clandestinas por reparar" (p. 146). Estos son héroes de la resistencia permanente y clandestina, la que requiere mayor valor e idealismo y que hace posible la rebelión armada.

El dentista es el segundo héroe de esta novela de héroe triple. "El dentista había sido el único sentenciado a muerte que no abandonó su casa. Le habían perforado las parades a tiros, le habían puesto un plazo de 24 horas para salir del pueblo, pero no consiguieron quebrantarlo. Había trasladado el gabinete a una habitación interior, y trabajó con el revólver al alcance de la mano, sin perder los estribos, hasta cuando pasaron los largos meses del terror" (p. 122). Igual que el médico, el dentista tiene la capacidad de resistir, los recursos mentales y emocionales, y el sentido de la justicia, para arriesgar su vida, no en una sino en innumerables ocasiones. La estructura del relato exige que el dentista, como miembro útil de la comunidad, sea también sin mancha y se salve.

El peluquero es el tercer miembro de la trilogía heroica en este simétrico drama de buenos y malos. "La justicia cojea pero

llega" es su lema. Con la calma adquirida en años de peligro, el peluquero acusa al juez de haber reducido el pueblo a la miseria total: "Antes de ustedes éste era un pueblo de mierda, como todos, pero ahora es el peor de todos (p. 137). El peluquero nos da la dimensión exacta de la violencia de estos años de "paz" cuando le comenta al juez, "Usted no sabe lo que es levantarse todas las mañanas con la seguridad de que lo matarán a uno, y que pasen diez años sin que lo maten" (p. 173). Aprovechando su posición de servidor del pueblo, igual que el médico y el dentista, el peluquero también reparte hojas clandestinas con plena consciencia del riesgo que corre.

La violencia en su sentido más profundo la viven estos tres personajes. García Márquez no quería representar los actos violentos mismos tanto como su efecto en el estado de ánimo del pueblo. "El verdadero drama estaba en el ambiente de terror que provocaron los crímenes. La novela no estaba en los muertos, sino en los vivos", ha declarado el autor, defendiendo su concepto de la novela de la violencia. (6). A estos tres personajes de la clase media no les ponen pasquines, no porque estén luchando contra un orden injusto, (7) sino porque su conducta valerosa e irreprochable los ha puesto fuera del alcance del terrorismo moral, obra seguramente de individuos moralmente pequeños. Al fin y al cabo los tres héroes han sobrevivido al terrorismo político.

Como hemos visto, dos muertes violentas enmarcan el relato. Al comienzo César Montero mata por celos al joven músico Pastor porque uno de los pasquines ha implicado a su mujer con el músico. Al final de la obra el joven Pepe Amador, sorprendido y apresado por repartir hojas clandestinas en la gallera, es torturado y asesinado por criminales al servicio del alcalde. Mientras que el alcalde había insistido en la autopsia del cadáver de Pasto, víctima del terrorismo moral al cual es ajeno, ahora se opone a toda investigación sobre la muerte de Amador, víctima del terrorismo político. El terror de la violencia había pasado hacía ya más de un año, pero el pueblo tiene el recuerdo muy vivo. El secretario del juez le recuerda a éste cómo el juez anterior había sido muerto a balazos por la policía: "Y todo porque dijo en una borrachera que él estaba aquí para garantizar la pureza del sufragio" (p. 31). Al pueblo se le ha privado del derecho de votar: "A raíz de las últimas elecciones la policía decomisó y destruyó las cédulas electorales del partido de oposición. La mayoría de los habitantes del pueblo carecía ahora de instrumentos de identificación" (p. 71). Según el juez, "Hace año y medio le desbarataron la cabeza a culatazos al personero" (p. 74). La viuda de Montiel le recomienda a sus hijos que no vuelvan a "este país salvaje donde asesinan a estudiantes en la calle" (p. 94) (8). Hasta el mismo alcalde confiesa que tres de los agentes del orden público son "criminales comunes, sacados de las cárceles y disfrazados de policías" (p. 129). El médico insiste en la autopsia del cadáver de Amador para "esclare-

cer el misterio de los síncope que sufren los presos en esta cárcel" (p. 199).

Todas estas referencias a la violencia pasada anuncian la inevitabilidad de la violencia por venir. "En este país va a haber vainas" (p. 174), le dice el peluquero al juez Arcadio. La violencia podía volver en cualquier momento con los vaivenes de la política. "Cuando vuelva a haber elecciones volverá la matanza... siempre desde que el pueblo es pueblo, sucede la misma cosa" (p. 25), comenta con fatal resignación el empresario de la casa de cine. Los pronósticos de catástrofe se cumplen por fin con la muerte de Amador. Las mujeres se amotinan y tratan de penetrar en el cuartel. La paz ha terminado y la última noche suenan disparos hasta la madrugada. Los hombres se "están echando al monte para meterse en las guerrillas" (p. 202). La guerra ha comenzado de nuevo. La ciega había profetizado la nueva ola de violencia en tono apocalíptico: "Está escrito: la sangre correrá por las calles y no habrá poder humano de detenerla" (p. 126). Durante la semitregua en que se desarrolla la novela, no es tanto la violencia física como la moral lo que atormenta al pueblo. Como una plaga, los pasquines van sembrando el odio y el miedo. Las familias del pueblo comienzan a marcharse. Ni el dentista se siente a salvo del poder destructivo de los pasquines: "Sería gracioso que no hubieran podido sacarnos a bala y nos sacaran con un papel pegado en la puerta" (p. 124). A medida que los pasquines disminuyen, las hojas clandestinas aumentan. El pueblo se ve prensado entre estos dos fenómenos, uno nocturno y anónimo, y el otro diurno y abierto, simbólicos de las dos fuerzas en oposición. Los pasquines representan fuerzas represivas y las hojas clandestinas fuerzas de liberación. La intención de los pasquines es la destrucción de la vida familiar de la clase media y su motivo parece ser la envidia. Las hojas clandestinas en cambio aspiran a destruir el aparato represivo del gobierno.

En el plano social la oposición de fuerzas buenas y malas es clara. El juez, el alcalde y el comerciante exhiben todos fallas graves. El médico, el dentista y el peluquero, sirven al pueblo honradamente y no aparentan ningún defecto moral, pasado o presente. El alcalde y el comerciante torturan y matan, el médico y el dentista alivian y salvan. El alcalde ha fracasado en su misión de gobernar bien y sus subalternos cometen crímenes monstruosos. En el orden moral el cura ha fracasado en su tarea de mantener la salud espiritual del pueblo. (9). La sospecha recaería fácilmente sobre el padre Angel como responsable de los pasquines: el confesionario le haría conocedor de los secretos del pueblo; su aparente falta de voluntad para intervenir en el asunto de los pasquines hasta que lo obligan las señoras del pueblo; su nombre, Angel, tendría en este caso un sentido irónico. El padre también sufre de malestares físicos. Pero sería demasiado obvio hacer recaer la culpa sobre el cura, quien parece mas bien sincero, muy ingenuo e incapaz de gobernar espiritualmente. Así como la mala administración del alcalde permite el asesinato de Amador

por los criminales disfrazados de policías, la incapacidad del padre Angel permite que sus subalternas se encarnicen contra el pueblo poniendo los pasquines. No tenemos prueba directa de ello, sólo circunstancial y como reflejo de las simetrías de la obra.

García Márquez ha enmarcado el relato con dos escenas en la iglesia: la inicial entre el padre Angel y Trinidad, y la final entre el padre y Mina. Las dos mujeres visten el uniforme de una congregación laica. En ambas escenas se combinan los temas de los ratones que han caído en las trampas y los pasquines de la noche anterior. En la escena inicial han caído muchos ratones y el pueblo ha amanecido cubierto de pasquines. En la escena final Mina se queja de que no haya caído ni un solo ratón. Luego comenta cómo la noche anterior "a pesar del plomo..." pero no concluye la frase sino que suelta una risita tonta y enigmática. Esta risita es igual a la de Trinidad en la escena inicial. Para completar el paralelo entre estas dos escenas es necesario añadir la palabra "pasquines" a la inconclusa frase. (10). Ahora que los pasquines son "una pintoresca anécdota del pasado" (p. 201), tal reacción delata una relación especial de Mina con los pasquines. Mina no es digna de confianza como lo revela la omisión de asuntos importantes en el confesionario. La falla del cura es no haber podido dar dirección adecuada a sus feligreses, especialmente al grupo más próximo a él.

El fragmentarismo de que adolece la novela según la crítica, (11) es consecuencia del esquematismo extremo que García Márquez ha empleado en su estructuración. Una serie de paralelismos caracterizan el relato: se inicia y concluye con escenas entre el cura y sus asistentes; oposición de personajes buenos y malos; terrorismo social y terrorismo político; dos tipos de represión que resultan en actividades clandestinas, ambas igualmente funestas; la lluvia y el calor, dos símbolos del doble malestar que aqueja al pueblo; doble sacrificio de jóvenes. Pasto y Amador, símbolos de la pasión que sufre un pueblo víctima de fuerzas naturales y humanas.

NOTAS

1. La Violencia designa específicamente la guerra civil no declarada entre liberales y conservadores colombianos (1948-1953) que causó más de doscientos mil muertos.

2. Según Carmen C. de Rodríguez-Puértolas, "el verdadero protagonista de la novela es la violencia". "Aproximaciones a la obra de Gabriel García Márquez", *Universidad*, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, Argentina, N° 76, julio-diciembre 1968, p. 21.

3. Las notas de página remiten a la 5ª edición de *La mala hora*, Editorial Sudamericana, S. A., Buenos Aires, 1970.

4. "Le succès durable du roman policier est la pour nous rappeler la valeur de l'énigme comme l'élément dynamique de la narration". Jacques Gilard, "La mala hora de Gabriel García Márquez: l'écrivain et la politique", *Cahiers du monde hispanique et lusobrésilien*, N° 17 (1971), p. 68.

5. Gilard subraya la importancia de los pasquines y considera que es necesario dejar su misterio sin aclarar para no destruir la razón de ser de la novela *Ob. cit.*, p. 75.

6. Gabriel García Márquez, "La novela de la violencia", *Tabla Redonda* (abril-mayo, 1960), p. 19. Citado por C. de Rodríguez-Puértolas, *Ob. cit.*, p. 20.

7. Gilard afirma que sólo escapan los que ponen en tela de juicio un orden injusto. *Ob. cit.*, p. 74.

8. García Márquez alude claramente a la masacre de estudiantes en las calles de Bogotá durante la dictadura del general Rojas Pinilla.

9. Así lo ha interpretado Gilard. *Ob. cit.*, p. 69.

10. M. Vargas Llosa, *García Márquez, Historia de un deicidio*, Barcelona, 1971, p. 455. También Gilard, *Ob. cit.*, p. 68.

11. C. de Rodríguez-Puértolas, *ob. cit.*, p. 23.